



Generación Selfie: “Redes sociales y la construcción de otras formas de existir”

Thiago Isaias Nóbrega de Lucena

Por: *Thiago Isaias Nóbrega de Lucena*

“Mi convicción profunda es que el futuro no está escrito en ningún sitio; será lo que nosotros hagamos de él. ¿Y el destino?... para el ser humano, el destino es como viento para el velero. El que está al timón no puede decir de dónde sopla el viento, ni con qué fuerza, pero sí puede orientar la vela. El mismo viento que hará naufragar a un marino poco experimentado, o imprudente, o mal inspirado, llevará a otro a buen puerto. Casi lo mismo podríamos decir del “viento” con la mundialización que sopla en el planeta. Sería absurdo tratar de ponerle trabas, pero si navegamos con destreza manteniendo el rumbo y sorteando los escollos ‘podremos llegar a buen puerto.’”

(Amin Maalouf)

“Pero resulta que el método se aplica siempre a una idea. Y no hay un método para cazar ideas. O, lo que es lo mismo, todo vale con las ideas: la analogía, el plagio, la inspiración, el secuestro, el contraste, la contradicción, la especulación, el sueño, el absurdo... Un plan para la adquisición de ideas sólo es bueno si nos tienta continuamente a abandonarlo, si nos invita a desviarnos de él, a olfatear a derecha e izquierda, a alejarnos, a girar en redondo, a divagar, a dejarnos llevar no a la obtención de ideas si no al tratamiento de éstas. Aferrarse con rigor a un plan de búsqueda de ideas es una anestesia para la intuición.”

(Jorge Wagensberg)

¹Doctor en Ciencias Sociales (UFRN), miembro del Instituto Internacional para el Pensamiento Complejo (IIPC) y de la Cátedra Itinerante UNESCO Edgar Morin para el Pensamiento Complejo (CIUEM), con sede en Argentina. Miembro de la Comisión de Investigación de la UFRN, Brasil. Investigador del Grupo de Estudios de la Complejidad (GRECOM). Profesor del curso de Ciencias y Tecnología de la Universidad Federal de Río Grande del Norte (CeT/UFRN). Actúa en estudios de Ciencia, Tecnología y Sociedad (CTS), Sociología, Antropología y Educación, Pensamiento Complejo, Transdisciplinariedad, Sociología de la Religión, Política Científica y Tecnológica, Ciencia y Cine y Metodología de la Investigación Científica.

Resumen

El texto discute las redes sociales y los imperativos comportamentales que actúan en la construcción de la esencia de un humano que habita la frontera entre lo real y lo imaginario: en la “inósfera”, conforme la expresión de Pierre Lèvy (2015), en la cual datos, algoritmos y “nubes” definen la tónica de las relaciones. A partir de la idea de que la esencia humana no es estática, no está dada, ni cristalizada, ni es inmutable –ampliamente discutida por importantes intelectuales de múltiples ciencias y de la filosofía como Marx, Kuhn, Prigogine, Sartre, Heidegger, Foucault, Morin y tantos otros– sugerimos que luego de su advenimiento, las redes sociales son una especie de filtro refractario de reorganización de esa esencia.

Facebook, Instagram, Twitter y tantas otras redes, actúan como agentes que delinean el *selfie* humano del tiempo presente. ¿Espacio de relaciones efímeras, disformes y fugitivas? ¿Plataformas políticas, parlamento de satisfacciones, confesionarios con alto-parlantes? Encima de todo esto, entendemos que las redes sociales amplifican la necesidad antropológica de compartir la existencia. Más allá de lo epistemológico, el estudio hace una incursión en las redes sociales enumeradas para intentar percibir en ellas qué tanto somos constructores, pero también qué tanto somos contruidos por los usos que hacemos de ellas.

Palabras clave: Redes sociales. Esencia. *Selfie*. Ciencia, Tecnología y Sociedad.

Habitar la frontera

El físico español Jorge Wagensberg (2010) defiende que es preciso formar sujetos capaces de habitar fronteras territoriales y también ideológicas, estas últimas consideradas por él como las más fuertemente marcadas. Habitar la frontera es mucho



más una actitud de no operar por fragmentación entre instancias que, por convención, entendemos como separadas e incluso opuestas. El sujeto que habita la frontera tiene mayor aptitud para actuar por medio de la conjunción, necesariamente compleja de los fenómenos de la vida. Son actitudes fragmentarias que generan una inoperancia de los sujetos ante cuestiones que tratan sobre la totalidad de la vida, tales como la austeridad y las crisis financieras de ciertas naciones, las migraciones forzadas y la generación de refugiados, intolerancias de base religiosa, sexual, política e intelectual, las xenofobias y extrañamientos entre pueblos que no se reconocen como habitantes de una misma “Tierra-Patria” como plantea Edgar Morin (2011).

Es sintomático, a partir de esa noción alimentada por Wagensberg y Morin, decir que este texto opera en la frontera porque se inserta en una discusión que echa por tierra cualquier fractura, cualquier divergencia o pensamiento fragmentario entre lo que se dualizó históricamente como mundo de las ideas/mundo de las cosas, imaginario/realidad, teoría/práctica, virtual/real.

El imaginario es una forma de realidad, incluso más en el espíritu de este inicio del siglo XXI, en que las personas comparten subjetividades a través de “nubes” y dispositivos móviles; tiempo en que jugadores de video-games son llamados atletas y participan en competencias deportivas de esa naturaleza; tiempo en que cambiamos el mundo, tenemos sexo y subyugamos nuestra especie en la soledad individual de nuestros cuartos; tiempo en que los movimientos sociales se convocan por internet; en que los paseos dominan la escena de las periferias y centros; lugar en que movimientos huelguistas se suscitan a causa de aplicaciones ; donde compartimos la existencia en fotos, videos y micro-textos con millones de personas en el mundo entero; donde empresas de telefonía móvil declaran la guerra judicial y donde aplicaciones de comunicación como whatsapp y robots o fórmulas matemáticas ya substituyen muchas actividades del trabajo intelectual como el periodismo, la medicina, el derecho, entre otros.

Para habitar de forma más radical las fronteras, esta investigación se construyó y gana vida en el tiempo de la “inósfera”, conforme la expresión de Pierre Lèvy (2015). Espacio en el cual ya no cabe la idea de no-lugar. Un lugar real, por ser digital. Un lugar ocupado pero híbrido Antropo-máquina. La inósfera, redes digitales, no son ya medios, son productoras de información, como dice el filósofo californiano David Gunkel (2012). Hace mucho tiempo que la inósfera y sus aparatos no solo sirven sino que trascenderán esa dimensión porque son múltiples y no están siempre capturados por la lógica racionalista que domina nuestro consciente. Siempre existe algo que escapa a la norma y a los códigos.

²Caso de huelga de taxistas en diversas capitales de Brasil por causa de la intervención de la aplicación Uber que ofrece transporte público en un sistema que transita entre el formato de taxi y de auto.

El algoritmo como dispositivo en la inósfera

Los entusiastas de la tecnología acostumbran defender que hay una especie de poder libertario en las redes digitales. Pero ¿hasta dónde va esa libertad? Es preciso hacer eco hoy en día sobre la pregunta re-elaborada por Michel Foucault en la década de los 70 del siglo XX cuando se discutía sobre los dispositivos de captura y control que rigen la vida del ser humano a medida que se va dotando de la llamada ciudadanía. La idea de libertad en la inósfera, más que nunca, depende del zoom que elegimos dar a nuestras lentes de percepción.



Por un lado, si ajustamos la lente para ver las redes digitales como persuasoras de opiniones contra hegemónicas; como espacios de amplificación de voces anónimas casi siempre silenciadas; como lugar de propuesta de alternativas sustentables

viables y no sólo instrumentales para el mundo, estaremos promoviendo un empoderamiento de esas libertades individuales y colectivas. Para usar la expresión del sociólogo irlandés John Holloway (2013), ellas promueven “fisuras” en el modo de vida y de producción establecidos históricamente.

Por otro lado, si expandimos esa lente, veremos que esa libertad se ve coartada por algo que llamamos el nuevo dispositivo digital: los algoritmos. No tan nuevo, ya que data del siglo IX y, en la matemática dice respecto de todo conjunto de reglas predefinidas y operaciones para hacer cálculos, realizar tareas o solucionar problemas. Los algoritmos programados en las redes digitales ¿serán los nuevos dispositivos de regulación del bio-poder? El filósofo italiano Giorgio Agamben (2005), a partir de Foucault, concibe un dispositivo como “cualquier cosa que tenga de algún modo la capacidad de capturar, orientar, determinar, interceptar, modelar, controlar y asegurar los gestos, las conductas, las opiniones y los discursos de los seres vivos” (p. 13). Pues bien, todas las redes utilizadas por nosotros, incluso las no comerciales, los llamados “software libres”, son todos contruidos a partir de un lenguaje algorítmico preciso que direcciona nuestros gustos, los bienes culturales que vamos a consumir, los amigos que comparten ideas parecidas a las nuestras e incluso “nuestra alma gemela”. Pero no sólo eso. Sustituyen varios puestos de trabajo, incluso varias funciones del reportero, por ejemplo, al ser capaces de escribir notas de manera anticipada sobre acontecimientos diversos y, de jurista, por conseguir localizar en menos tiempo leyes que se ajusten a procesos. Más allá de eso, son capaces de prever el éxito o fracaso de un producto o producción cinematográfica, conducir automóviles, (como Google Auto-Driving Car) y, por fin, regular el eje maestro de toda la geopolítica mundial: el mercado financiero.

³En el caso reciente de Brasil, hasta la fecha de elaboración de este texto, los hashtags se sustituían entre #Meninosirio e #Crisisfinanciera, para expresar indignación respecto del caso de los refugiados de Siria y el actual escenario político-financiero del país.

Es urgente discutir a la luz de las Ciencias Humanas y Sociales esa nueva/vieja modalidad de dispositivo, pues estamos viviendo un momento en que las personas no leen ya textos largos (las frases “ver más” o “continuar leyendo” presentes en las páginas web, son sinónimos de textos que no serán compartidos por ser demasiado grandes); tienen sus memorias de largo plazo cada vez más subdesarrolladas por causa de la pulverización de las informaciones sueltas, de la maximización de la selectividad para lidiar con ellas y de la dependencia de los aparatos tecnológicos, nuestros HD's externos.



Las personas que no leen y que se distraen fácilmente son más dóciles, por tanto, más fáciles de ser manipuladas en todas las instancias de vida. Desde la compra del último gadget electrónico, hasta las instancias de responsabilidad como el voto y la toma de decisiones. Es imprescindible pensar el algoritmo como un importante dispositivo digital que puede promover el bio-poder en la sociedad de control por medio de la regulación y el condicionamiento de las relaciones de lo que puede ser un excelente vector de promoción de una bio-política digital, capaz de interferir en todos los ámbitos de la vida.

Esencia de la relación humano-tecnología

Cuando en la década de 1940, Jean Paul Sartre profiere en conferencia que “la existencia precede a la esencia”, no está haciendo un juego de palabras con la afirmación previa de Aristóteles de que “la esencia precede a la existencia”. Cuando Sartre opta por ir a contramano del pensamiento aristotélico está yendo en el flujo continuo de pensamientos como el de Karl Marx y muchos otros pensadores de tiempos diversos que reconocen la transitoriedad de los discursos de verdad sobre la vida, el universo, la naturaleza, extendida a todo fenómeno que se torna idea o concepto. Sartre (como otros) toma partido y se interpone a la idea de que el futuro está dado o de cualquier fatalismo o contingencia de la existencia.

Hay por lo menos un ser en que la existencia precede a la esencia, un ser que existe antes de poder ser definido por algún concepto, y este ser es el hombre, como dice Heidegger, la realidad humana. ¿Qué significa aquí que la existencia preceda a la esencia? Significa que el hombre comienza por existir, se encuentra, surge en el mundo y después se define (SARTRE, 1987, p.03).

Definirse tal vez no sea la palabra apropiada. Ciertamente constelar una imagen de sí en el mundo se aproxima más al continuo movimiento de vida, siempre orbitado entre órdenes, desórdenes y re-organizaciones, como dice Edgar Morin.

De-construir determinismos, cristalizaciones e inmutabilidades es la actitud de un intelectual con “la cabeza bien puesta” en la acepción de Morin, recuperado de Michel de Montaigne. Un intelectual



que piensa bien, o sea, que es capaz de contextualizar los fenómenos e insertarlos en sus contextos socio-históricos, geopolíticos y circunstanciales, se torna un disconforme porque escapa a las contingencias y se libra de ser apenas un depósito de informaciones inconexas y parciales.

‘Una cabeza bien puesta’, significa que en vez de acumular el saber, es más importante disponer al mismo tiempo de: una aptitud general para colocar y tratar los problemas; principios organizadores que permitan ligar los saberes y dar sentido (MORIN, 2003, p. 21).



Sartre, como Karl Marx, Thomas Kuhn, Edgar Morin y muchos otros intelectuales de tiempos distintos, rompieron las contingencias y superficialidades de los discursos de su tiempo y fueron capaces de abordar problemas y actuar desde una perspectiva de religación de saberes dispersos. Por medio de esa aptitud vieron, respectivamente, que nos vamos construyendo simbólica y estructuralmente conforme a las circunstancias de nuestras experiencias; el resultado de nuestro intercambio material con la naturaleza; la abstracción del juego de fuerzas con los paradigmas y lo que ellos identifican como verdad; lo que la tesitura de varios saberes nos permite anunciar. “Si, en efecto, la existencia precede a la esencia, no se podrá jamás explicar la referencia de una naturaleza humana dada y fija; dicho de otro modo, no hay determinismo, el hombre es libre, el hombre es libertad” (SARTRE, 1987, p. 07). Ser sinónimo de libertad es estar inmerso en el mundo de las posibilidades. Esa inmersión puede ser también un artificio y depender de la atribución de sentido dada a ella. Si bien una concepción triunfalista y esencialista de la ciencia formal ha dicho lo contrario, sinónimo de libertad no es lo mismo que autorización para manipular la naturaleza extendida irresponsablemente, sin idea de parentesco o sentimiento de pertenencia a ella.

Si, en tanto que *antropos*, lo que pensamos y decimos que somos es resultado de una abstracción del espíritu de cada tiempo, tiene sentido pensar que no somos iguales siempre. Para usar la expresión que impera en esta segunda década del siglo XXI, nuestro *selfie*, o sea, el auto retrato que hacemos de nuestra propia condición humana, es mutable, variable, contextual. Se mimetiza con la historia, los afectos, los discursos paradigmáticos, las imágenes de vida, el espíritu de los tiempos. En otras palabras, para pensar en metáfora, el sujeto humano al insertarse en el mundo de la norma que es la cultura, inicia su, quizá, permanente metamorfosis. Si utilizamos una lente micro para percibir esa metamorfosis permanente sobre cómo nos significamos, visualicemos la relación del ser humano con la tecnología: con esa lente micro podemos observar nuestra auto-construcción ante un modelo de tecnologías de la comunicación que emerge al final del siglo XX y se complejiza al inicio del siglo XXI. Se trata de las redes sociales, un tipo de medio de comunicación que, según el Diccionario *Priberam de la Lengua Portuguesa*, refiere el “conjunto de relaciones e intercambios entre individuos, grupos u organizaciones que comparten intereses y que funciona, en su mayoría a través de plataformas de internet”. (Disponible en: <http://www.priberam.pt/dlpo/rede>. Aceso en 20-02-2015). La relación humano-tecnología en tiempos de redes sociales es foco de discusión en variados ramos de la ciencia, pero también es pauta en medios de querellas puntuales. *A priori*, partimos del entendimiento de que la tecnología sería el resultado de la transformación alquímica de la curiosidad humana en ideas, palabras, conceptos o artefactos palpables y manipulables que ayudan al ser humano a sobrevivir en cuanto especie, le permiten ver lo infinitamente complejo, comunicar y acortar distancias geográficas y también existenciales. Más allá de eso, es bien sabido que de forma estructural la tecnología (un sustrato de la cultura humana),

emerge de nosotros y se torna parte de nosotros: sea para posibilitar técnicas y sociabilidades que vienen a suplir el espacio de la inferioridad humana ante los grandes depredadores, como señala Claude Lévi-Strauss (2008), sea para volverse “un medio y una protesta que vamos construyendo a lo largo de la historia para potencializar nuestra acción en el mundo”, como amplía Maria Conceição de Almeida (2009, p. 36). Los demás animales poseen biológicamente el aparato necesario para su subsistencia o supervivencia simplificada: garras, presas, pelaje, cuernos, aletas, dorsos, asas, picos, entre otros. El animal humano, ese ser inadaptable, “100% naturaleza y 100% cultura” (CYRULNIK, 1994) cuando decide tomar posesión, crear fronteras y reglas propias, inicia la búsqueda de potencializar su existencia dando forma a ideas y objetos del orden de lo vivo por medio del trabajo que termina siempre por dar salida a nuevos hábitos que emergerán subsecuentemente.

Esa percepción dialógica y recursiva encuentra fundamento en las ideas de Marx sobre nuestro “intercambio” con la naturaleza extendida que puede resultar en la emergencia de tecnologías. Para él, lo humano:

Se confronta con la naturaleza como una de sus fuerzas. Pone en movimiento fuerzas naturales de su cuerpo, brazos y piernas, cabeza y manos, a fin de apropiarse de los recursos de la naturaleza, imprimiéndoles forma útil para la vida. Actuando así sobre la naturaleza externa y modificándola, al mismo tiempo modifica su propia naturaleza. Desarrolla potencialidades en él adormecidas. (MARX, 1980, p. 202).



Percibiendo la tecnología a través de este prisma complejo, señalamos el camino reflexivo de este texto. Ya no se trata más de discutir las relaciones de equiparación o sumisión entre humano y tecnología, si no de como humanos poder tener su existencia potencializada en su relación con las prótesis reales y virtuales. Si entendemos como Michel Foucault la relación saber-poder-saber, tiene sentido decir que lo que construimos por medio de la tecnología, sea en forma de aparatos palpables o de virtualidades, remodela nuestra acción y delinea nuestra esencia en el mundo, de la forma en que nos reconocemos, nos comportamos, pertenecemos, nos relacionamos, nos comunicamos. Construimos una gama de aparatos y nos vamos aparejando, nos ponemos en órbita de esos artefactos que construyen nuestra auto-imagen del mundo.

La construcción de esa *selfie* nos inserta en un movimiento de pérdidas y ganancias. Nuestra relación con las diversas redes sociales, no escapa a esa regla. Por una parte, ellas posibilitan interactuar con mucho más personas; nos reconforta y encontramos optimización en la resolución de situaciones diversas; construimos un gigantesco banco de informaciones a nuestra disposición; nuestros pensamientos, posicionamientos, juicios

de valor, tienen un soporte de pulverización global y poderoso. En palabras de Pierre Lévy, conseguimos tener:

Acceso inmediato a diccionarios, enciclopedias, entre ellas *wikipedia*, libros (gratuitos o pagados), vídeos educativos y otros dispositivos (...) equivalentes a inmensas bibliotecas. Más allá de ello, podemos ser suscriptores de incontables sitios especializados y contactar redes de personas interesadas en los mismos asuntos para construir saberes de modo colaborativo. (LÉVY, 2015).



Por otro lado, entramos en una profunda soledad; construimos un avatar mucho más bonito, más legal, más inteligente, más interesante, más sexy y más despegado de lo que somos; replicamos discursos de odio o textos, imágenes y videos de situaciones degradantes del otro; subutilizamos nuestra capacidad de memoria. Sobre esa paradójica condición, cabe lo que el biólogo Mia Couto escribe: “Nunca nuestro mundo tuvo a su disposición tanta comunicación. Nunca fue tan dramática nuestra soledad. Nunca hubo tanta carretera. Y nunca nos visitamos tan poco.” (2011, p. 12).



Muchas son las paradojas que se inauguran en el fenómeno de las redes sociales: proximidad/distancia, pertenencia/aislamiento, necesidad/fobia del otro, originalidad/patronización. En el caso de esto último, los usuarios, por medio de sus portales, buscan diferenciarse de los demás en la búsqueda de su visibilidad y popularidad, pero al mismo tiempo, masifican esa originalidad. A pesar de ello, no se puede dar crédito sobre esos experimentos de originalidad sólo al fenómeno de las redes sociales. El cine, desde su invención y, particularmente luego de su comercialización, siempre estructuró sus producciones a partir de una necesidad de originalidad y creación. Sobre eso dice Edgar Morin: “entre la invención y la producción, ocurren simultáneamente, conflicto y colaboración”. Y continúa “Si la patronización pasó a ser un fenómeno mundial, (...), la originalidad también está presente, pues en cada lugar se reviste de elementos culturales propios.

En otra escala de percepción, la condición humana instauró una relación de acomodación/dependencia con las tecnologías. La acomodación habla no sólo sobre la sedentarización, fragmentante,

incomunicante. Ya la dependencia se inaugura cuando tiene inicio el consumismo, el fetiche de los artefactos tecnológicos y la necesidad de tener las tecnologías para ser parte de grupos o diferenciarse/patronizarse en el convivio social. Zygmunt Bauman (1998) aborda esa relación ansiosa que tenemos con las novedades tecnológicas en la sociedad orientada al consumo. En la misma velocidad de adquisición está el descartar cosas y personas.

Efímera esencia

Si partimos del supuesto de que la existencia precede a la esencia, en estos tiempos dominados por un modelo de interacción a distancia en un escenario desterritorializado que Pierre Lèvy (2015) llama la “inÓsfera”, en la cual datos, algoritmos y “nubes” dan tónica a relaciones efímeras, disformes y fugitivas, ¿es posible que tales redes sean capaces de editar, en esa misma perspectiva, nuestra *selfie*? ¿Es posible que las plataformas de las redes sociales puedan decir qué somos?

Esa pregunta se formula a partir de una perspectiva de fugacidad y velocidad en el cambio de las formas

en que el sujeto se percibe en el mundo. Pero no sólo eso. Dicha pregunta tiene sentido cuando se inserta en el escenario de una 'cibercultura' (LÉVY, 1999), o sea, si estuviera parasitada por la relación más profundamente establecida entre humano-máquina, de donde ciertamente parte la propuesta de David Gunke (2012). Para este filósofo la tecnología ya no se sustenta en la hipótesis de que máquinas, lo mismo que los softwares y aplicaciones, son sólo medios pasivos para la realización de la comunicación y que se diluyen entre el clásico emisor-receptor humano. Esos aparatos se tornan interlocutores activos de la comunicación. (GUNKEL, 2012)

En tiempos de la cohabitación del mundo entre humano y máquina, ¿será que incluso tiene sentido la máxima alertada desde Karl Marx en el siglo XIX de que la tecnología es para el hombre y no el hombre para la tecnología? Quizá tenga más sentido sustituir el aspecto de condicionalidad presente en la oración por la afirmación: la tecnología es parte de la acción humana en el mundo que es parte de la tecnología, sin olvidar que tal situación no puede retirarnos nuestra condición de ser sujetos actuantes en la vida.

Toda esta gama de cuestionamientos que se van generando probablemente tienen que ver con el hecho de que estamos operando en el palpar de las experiencias que incluso están en plena llegada y expansión. La problemática incluso se encuentra en la superficie del espíritu de este inicio del siglo XXI, pero es imperativo también que se comience a cuestionar, no como una forma de negativizar tal fenómeno, tampoco como forma de enaltecerlo demasiado, si no con el propósito de experimentar pensar al respecto. Edgar Morin (2013) sugiere que pensemos el presente, sin intentar descifrarlo o disecarlo a distancia, sino sumergiéndose en él. Dice el pensador francés:

Es muy difícil conocer el presente, movimientos imperceptibles ocurren en el fondo. El presente, lo real, no es aquello que parece estable. Ser realista, ¡qué utopía! Es preciso estar abierto a lo incierto, para lo inesperado. Es preciso ser sensible a la debilidad, al acontecimiento que nos sorprende; es preciso estar listo para repensar incansablemente el estado del mundo. (MORIN, 2013, p. 25).

No se puede pasar desapercibido un fenómeno que pulula ante nuestros ojos, consigue abarcar cifras fantásticas y llega a un gran contingente de la población mundial. Redes sociales como *Facebook*, *Twitter*, *Instagram*, *Snapchat*, entre otras, se tornan verdaderos diarios de bordo, relatorios, agendas, cuadernos de campo, confesionarios públicos, parlamentos de satisfacciones entre sus usuarios. Las redes sociales se afirman en un modelo de sociedad confesional, conforme la expresión de Zygmunt Bauman (2012).

Un tipo de sociedad hasta entonces desconocido e inconcebible, donde se instalan micrófonos dentro de confesionarios (...) donde alto-parlantes conectados a esos micrófonos están suspendidos en plazas públicas, lugares antes destinados a exponer y debatir asuntos de interés, preocupación y urgencia comunes. (BAUMAN, 2012, p. 228).

Incluso en este sentido, Bauman señala que esa nueva forma de ser de la sociedad cambió su relación con la tan soñada privacidad, conquistada en la modernidad. Privacidad que pasó a tener que ver con el anonimato y el anonimato es otra forma de ser olvidado; de no estar en evidencia. Luchando contra el desaliento del anonimato/olvido, los usuarios de las redes sociales dicen dónde están, o qué están

haciendo o comiendo o con quién están en todo momento. Cada uno a su manera busca componer su *selfie*, su auto-imagen o auto-retrato, filtrado y compartido con el mundo, en la inósfera.

Cenas felices, momentos memorables, paisajes radicales, eventos concurridos, todos pueden servir de escenario, como fondo o estudio de la composición de esa imagen de sí, editada y “filtrada” para la visualización de otro en la búsqueda de una aprobación que ya en forma de like o de comentarios es compartida.

Muchos hacen de sus *time-lines* un espacio de edición en su propia vida. La felicidad editada está conectada a artefactos de moda, lugares, personalidades, objetos caros, viajes o simplemente, frases de afecto que demuestran intelectualidad o extrema alegría, como forma de revestirse de una identidad que los defina.

La idea de “identidad” nació de la crisis de pertenencia y de esfuerzo que ésta desencadenó en el sentido de acortar la brecha entre el “debe” y el “es” y eleva la realidad al nivel de los patrones establecidos por la idea –recrear la realidad a semejanza de la idea. (BAUMAN, 2005, p. 26)

En la perspectiva micro elegida por nosotros, con relación a las redes sociales, se torna difícil capturar una esencia de que seamos los mismos, dada la velocidad y fugacidad de nuestra disposición de alterar, editar y filtrar nuestras preferencias y gustos. Es más: lamentablemente estamos sedentarizando nuestra capacidad de pensar quiénes somos. Esa sedentarización está apalancada por la existencia de fórmulas matemáticas precisas, los llamados algoritmos, presentes en las páginas de internet que filtra y generan, de acuerdo con nuestros cliques, tiempos de permanencia y *likes*, los objetos culturales

o materiales que vamos a consumir o que, mínimo nos van a gustar en un próximo acceso. Los *pop ups* de contenido general ya cayeron en desuso. Ahora se dirigen a nuestras preferencias.

Más allá de todo fenómeno de patronización/diferenciación y de toda la publicidad de la existencia, las páginas de las redes sociales están repletas de anuncios de los más variados productos y servicios. Sutilmente colocados a lo largo de la “línea del tiempo” o en el muro de cada usuario, un click los direcciona a páginas de propaganda o de compra directa por internet. Los filtros matemáticamente organizados en cada página hace la lectura del contenido de cada posteo hecho por el usuario o de cada anuncio disfrutado o compartido por él. “Mágicamente” aquello que el sujeto está deseando en términos de consumo aparece como “página sugerida” o “vídeo sugerido” para él. Las redes sociales ¿adivinan de forma personalizada los gustos y ansias de consumo de cada usuario? No sería un ejercicio de adivinanza, sino de precisión algorítmica. Y de esa manera, por medio del cálculo de las preferencias del usuario que algunas páginas generan y hacen girar altos valores comerciales a cada momento.

Generación *selfie* o lo que las redes sociales dicen sobre nosotros

Antropológica y psíquicamente somos demasiado céntricos. A lo largo de nuestro relato histórico en cuanto especie, inventamos, formalizamos esa raíz céntrica en geocentrismos, etnocentrismos, humano-centrismos. Todos ellos tienen en común el hecho de que las situaciones, sean geo-referenciales, étnicas o humanas, todo gira en torno a nuestro ego, lo más céntrico de todos, como si individualmente fuésemos capaces de construir grandes cosas. Los centrismos mutilan nuestra capacidad multifocal y “bilingüe” de percibir el mundo, los fenómenos y

la vida. Cuando decimos bilingüe, no nos estamos refiriendo a la capacidad técnica de dominar dos lenguas de naciones diferentes. Nos referimos a la idea de sujetos bilingües planteada por Mía Couto (2011), en la que se refiere a la necesidad de que seamos un sujeto plural:

unido por un idioma plural. Al lado de una lengua que nos haga ser mundo, debe coexistir otra que nos haga salir del mundo. Al lado de un idioma que nos genere raíz y lugar debe haber otro idioma que nos haga ser ala y viaje. Al lado de una lengua que nos haga ser humanidad debe existir otra que nos eleve a la condición de divinidad. (COUTO, 2011, p.24).

Experimentemos ahora un momento –que no podemos precisar cuánto tiempo va a durar– en que nuestro antropológico hábito céntrico gana una nueva versión: el *selfie*. Palabra que en español quiere decir auto-retrato o auto-imagen. Es eso que hemos hecho en el mundo de las apariencias y potencializado por las redes sociales. Estamos tan preocupados por componer nuestro auto-retrato para ser publicado, que nos olvidamos de cultivar la cultura de encuentros verdaderos, aquellos en los cuales trascendemos la ocupación de un mismo espacio e intercambiamos afectos y sensorialidades. La publicación de *selfie* no está dirigida a otro que a sí mismo. Es una de las mejores formas encontradas de saber cuán aceptado puedo ser, a partir del relatorio de “likes” que las redes sociales contabilizan para mí.

En tiempos de redes sociales y de comunicaciones pautadas por la distancia física, caben otras preguntas/problema. ¿Estamos precisando algo invisible que nos permita conectarnos con otros que no están físicamente a nuestro lado? ¿Será que queremos algo que nos permita una especie de fuga

del lugar donde nos encontramos? ¿Una especie de fobia del otro nos atormenta? ¿Tenemos dificultades para estar frente a frente con personas y situaciones llamadas reales? Tal vez la respuesta afirmativa oscile entre las tres preguntas. O quizá no. Por otro lado, ¿no daría esta situación la posibilidad de ampliar nuestro ser y estar en el mundo? ¿De resolver nuestros problemas en cualquier lugar en el que nos encontremos? O más allá: ¿no será la tecnología visible o invisible parte de nuestro proceso evolutivo tan lleno de pérdidas y ganancias?

Si un fenómeno es capaz de generar tantos posicionamientos y cuestionamientos, ciertamente es porque está interferido de forma muy directa en la vida de las personas. Una red social como Facebook posee, en el último conteo de inicio de 2015 publicada en la página oficial de su realizador Mark Zuckerberg, 1.39 billones de usuarios, o sea, una parte considerable de la población mundial comparte su existencia por medio de datos online diariamente. De hecho en ese fenómeno, políticas, tutoriales y materias en sites y revistas de tecnología, advierten a los usuarios sobre cómo mejor utilizar sus páginas. Estamos ante un nuevo problema, de cómo presentarse y como verse en la inósfera, un no lugar donde mucho de nuestra existencia se da.

Otro problema se relaciona al uso de las redes sociales de forma indiscriminada y sin barreras por parte de los niños y adolescentes menores de edad. Los llamados *cyberbullings*, nombre dado a las formas de agresión, constreñimiento y amenazas públicas por medio de la red, se amplifican. La proliferación de pedofilia vía internet ganó fuerza y encontró más adeptos luego de la popularización de las redes sociales. Todo un léxico es incorporado en palabras como “*me gusta*”, “*compartir*”, entre otras, van ganando nuevas representaciones. En las redes sociales son muchos los tutoriales que demuestran cómo cuidar de forma física, del cuerpo y del alma, de las tareas de lo cotidiano.

Listar el universo de destinos posibles en una red social sería una tarea que demandaría una investigación específica. Nos interesa en este momento la advertencia de Bauman (2012). Dice el sociólogo polaco inglés que lo que debe estar en pauta:

Es el uso que nosotros, “usuarios activos” (...) hacemos de esas ofertas, así como de su impacto sobre nuestras vidas, buenas o ruines, benéficas o perjudiciales. Todo depende de lo que estamos procurando; los aparatos tecnológicos se vuelven nuestras aspiraciones menos realistas y nuestra búsqueda más rápida o más lenta, más o menos eficaz. (BAUMAN, 2012, p. 224)

Son innumerables las páginas públicas y privadas dentro de las redes sociales que utilizan sus herramientas para ampliar discursos de indignación ante las injusticias, ejercitar una militancia, obtener adeptos para un *cyberactivismo*. Ese parlamento cibernético puede repercutir en un mundo cuyas barreras y costumbres casi no existen. Personas de todas las partes del planeta que tienen acceso a internet pueden compartir y adherir las ideas capaces de mudar realidades prácticas.

Otro destino importante de las redes sociales, especialmente del *Facebook* es la de reunir personas en ayuda humanitaria y financiera en relación con una causa que puede ser puntual como el pago de un tratamiento de salud, de largo o corto plazo, como en el caso de entidades filantrópicas del tercer sector: Organizaciones no gubernamentales ONG'S. Las páginas se actualizan con solicitudes, pero también con videos y fotos de lo cotidiano del trabajo de los funcionarios y voluntarios de las organizaciones, así como de su público objetivo; a quien se destinaron las posibles donaciones.

Propicia incluso la apertura de debates públicos sobre causas humanitarias y ecológicas importantes y sobre cuestiones como: uso de drogas y otras sustancias entorpecientes, dolencias crónicas diversas, epidemias de largo impacto, catástrofes naturales, más uso de dinero público, denuncias de violencia, corrupción, agresión y muerte. Incluso así, nos advierte Pierre Lèvy (2015).

Es absurdo imaginar que un instrumento que aumenta los poderes del lenguaje en general pudiese favorecer solamente la verdad, el bien y lo bello. Es preciso siempre preguntar: ¿verdadero para quién? ¿Bello para quién? ¿Bien para quién? Lo verdadero emerge en el diálogo abierto a los diversos puntos de vista.

Para esta pesquisa que se encuentra incluso en su primera etapa, elegimos tres redes sociales de gran utilización entre personas de varias partes del mundo para, a partir de sus plataformas, pensar cómo ellas construyen, incluso de manera efímera, el *selfie*, el auto imagen de sus usuarios ante el mundo.

Las redes elegidas son: *Facebook*, *Instagram* y *Twitter*. La idea es sublimar puntos portadores de minimización y patronización excesiva de la vida, así como potencialidades comunicativas y existenciales de cada una de ellas. No se trata de una caracterización exhaustiva, sino que se basa en los imperativos presentes en cada una de ellas, a las cuales los usuarios someten sus perfiles en páginas personales.

La generación *selfie* se pauta por lo menos en tres meta-principios fundamentales que le confieren fuerza en un tiempo en que la efeméride se sobrepone a la formación de vínculos fundamentales, a la proliferación de la vida, de la gentileza y del afecto. En un primer momento nos atenemos a tres meta-

principios de base sombría: Superficialidad– *Twitter*, Instantaneidad–*Instagram* y Descartabilidad–*Facebook*. En un segundo momento, señalamos una segunda etapa de investigación que piensa en la potencia creadora de esos tres modelos de redes sociales elegidas.

Superficialidad *Twitter*: *El Twitter* es una modalidad de red social que se encuadra en la categoría *microblogging* que quiere decir micro diario virtual y está en funcionamiento desde el año 2006. Varias celebridades, jefes de Estado, empresas y también personas no famosas poseen perfil en esta red que tiene como pregunta-imperativo para el usuario en la página principal: “¿Qué está aconteciendo?” El usuario precisa responder utilizando un máximo de 140 caracteres.

Estamos inmersos en la sociedad de la información parcial, fragmentada, rápida, cortada muchas veces por la mitad. La prisa de consultar las noticias anunciadas en profusión nos hace desarrollar nuestra capacidad de procesarlas, tratarlas, transformarlas en “conocimiento pertinente”, aquel capaz de religar lo local y lo global, conforme la expresión de Edgar Morin (2000). Hemos desarrollado una peligrosa capacidad de síntesis que hace que busquemos estrategias de anunciar un mensaje con el mínimo de informaciones y el máximo de abreviaciones. La limitación está contenida en la siguiente proposición: “Diga lo que diga, pero sea breve, pues usted deberá hacerlo en un máximo de 140 caracteres”.

Un sujeto de la prisa, de la súper síntesis, de la cabeza llena de informaciones y de la superficialidad al anunciarlas, emerge de ese camino de operar de la plataforma *Twitter*.

Instantaneidad *Instagram*: *El Instagram* es una red social que limita su actuación a los usuarios portadores de *smartphones* o *tablets*, aparatos portátiles con sistemas operacionales capaces de compartir datos vía internet con velocidad y precisión. Incluso que exista esa posible limitación, no son pocos los que la utilizan. Al inicio de 2015, la cifra ya pasaba de los 300 mil usuarios (ZUCKERBERT, 2015). En el aire desde 2010, la tecnología permite la publicación en tiempo real de fotografías y videos que pueden ser editados previamente por el usuario. Las publicaciones hechas vía *Instagram* pueden ser socializadas en las plataformas de otras redes sociales como *Facebook*, *Twitter*... Fue en *Instagram* que la práctica de hacer *selfies*, las auto-fotografías se popularizó.

Esa red sintetiza una situación problemática en la cual estamos inmersos ya hace cierto tiempo: la pérdida de la capacidad de consolidar la memoria a largo plazo e incluso corto plazo. Subutilizamos nuestra capacidad de memorizar nombres, direcciones, números por la confianza deliberada que dedicamos a los aparatos que nos parasitan. Peor, poco a poco, perdemos nuestra capacidad poética de apasionarnos por los paisajes, sonidos y lugares que tenemos oportunidad de conocer. No vemos, fotografiamos porque ese ojo mágico tiene una memoria capaz de guardar todo para que yo vea después o, especialmente, para que yo publique para estar a la disposición de los *likes* y ‘compartir’ que ella pueda merecer. Pierre Lèvy, refiriéndose a su propuesta de “Tecnologías de la inteligencia” (1993) dice que todas las veces que sustituimos una forma de consolidación de un saber por otra, siempre salimos perdiendo. El autor sugiere que seamos capaces de agregar múltiples posibilidades de lenguaje en la comunicación: oral, escrita, informática.

Emerge de allí, no sólo un sujeto de memoria reducida, si no de súper exposición y ostentación de

efemérides, dedicado a las imágenes del mundo y de la vida.

Descartabilidad Facebook: El sujeto usuario de la red social *Facebook* abre su cuenta y se presenta en la página principal con la pregunta: “¿qué está usted pensando?”. Seguido del cuestionamiento hay un espacio en blanco en el cual él puede intentar responder por escrito o anexando imágenes y videos. Quizá esta sea la pregunta-imperativo del tiempo presente. Querer saber lo que el otro está pensando ¿sería de algún modo querer descifrar los gustos, ambiciones y necesidades de los usuarios? ¿Sería reflejo de un tiempo en que hay una necesidad de compartir la existencia?, ¿de un impulso desenfrenado de descartar la privacidad en la búsqueda de una visibilidad extrema?

La temática “Todo por un *like*” de la revista *Galileu* de mayo 2014 dice que:

El primer *like* de la historia del Facebook fue dado el día 9 de febrero de 2009. Cinco años después, los números muestran el ‘me gusta’ como uno de los mayores fenómenos culturales de la actualidad. Son 1,8 millones por minuto o 4,5 billones diarios en la red social creada por Mark Zuckerberg (2014, p. 46).

La lógica de las redes sociales es: “usted es lo que usted le gusta”, tanto para las personas, como para las empresas que están ligadas a su plataforma y automáticamente realizan investigaciones de satisfacción y de “nuevas” necesidades de los usuarios/consumidores. Pero, más allá de eso, lo que fascina en relación al *Facebook* no es la posibilidad de tener muchos amigos, sino la facilidad de deshacernos de ellos. Si un sujeto publica informaciones desagradables a otro, este último simplemente lo borra de su red de amigo.

Recapitulando a partir de la constitución de esta red social, pensamos la emergencia de un sujeto afecto a la acumulación y el descarte de cosas y también de personas. Un sujeto que halla constreñidor sufrir con una relación de vínculos sólidos, alimentada por afectos de largo plazo. Bauman expresa bien ese *modus vivendi* de las personas que transitan, en lo que él llama: el “mundo líquido moderno”. Los amores líquidos se dan en la paradoja pertenecer-eliminar. Todos quieren pertenecer a un grupo, pero no por mucho tiempo. La solidificación de lazos nos genera dificultades a la hora de cortarlos.

Impulsar otras formas de hacer

Ese escenario parece demasiado sombrío e incluso pesimista, pero acreditamos que la detección de situaciones no positivas nos ayuda a mirar y desarrollar formas de hacer y vivir diferente. Por eso, optemos por desobedecer a ese perfecto orden de cosas. Todas las veces que somos capaces de identificar nuestros propios errores y puntos negativos, potencialmente podemos tratar de cambiarlos o hacerlos de un modo diferente.

De esa percepción de las limitaciones que las redes sociales pueden traer, en cuanto condición humana, es preciso señalar sus posibilidades proyectivas de vida. Por un lado, sus plataformas nos limitan porque nos tornan demasiado preocupados con la composición de nuestra auto-imagen, haciéndonos minimizar nuestra capacidad de tejer en conjunto con otros discursos de mundo y otras formas de interacción. Por otro lado, nos estamos volviendo cada vez más capaces de realizar simultáneamente multitareas y de pulverizar informaciones sobre lo que pensamos o sentimos. Para Lèvy, las redes sociales, proyectadas por personas y operadas por personas, propician verdaderamente una “democracia virtual” que se da por medio de:

Acceso a fuentes de información mucho más diversificadas que en el pasado y, en la medida que también todos pueden expresarse hacia un vasto público. Incluso, porque es mucho más fácil para que los ciudadanos se pongan en contacto con fines de organización, deliberación, discusión y acción. (LÈVY, 2015)

No es de hoy que acostumbremos significar negativamente todo aquello que se presenta como novedad o como desconocido. Ciertamente críticas como: “esto fomenta el individualismo, sub utiliza la capacidad de memoria, esteriliza la relación entre las personas”, entre otras cosas, deben haber sido tejidas públicamente cuando los libros impresos comenzaron a ser un instrumento accesible para una parte de las personas. Cabe a nosotros seguir con mayor entereza el consejo de Morin (2013) de experimentar el presente procurando ver en él, no lo que está sobre la superficie de los discursos generales si no las narrativas portadoras de vida que en él se puedan contener.

En esa lógica, sugerimos aquí algunos puntos a partir de las mismas redes sociales que enumeramos anteriormente:



Con-sentir Instagram: Por medio de imágenes comparto mi existencia con las personas y puedo llevarlas a pensar sobre el estar con, estar junto, formas de hacerse presente, incluso cuando se está ausente o distante.

Indignación Twitter: Con capacidad de síntesis, expreso mi opinión sobre todo y cualquier evento, acontecimiento o situación global que reduzca la dignidad de la persona humana o ponga en riesgo la vida como un todo.

Profanación Facebook: Por medio de mi red soy capaz de formar opiniones, derrumbar tabúes, levantar banderas, diseminar buenas prácticas, enseñar y aprender.



La buena comunicación no puede limitarse a la palabra escrita o hablada. Es preciso decir con la mirada, con el tacto, con los olores, con los sonidos, con los gustos, con el corazón. Es preciso guardar en la memoria afectiva las experiencias potencializadoras de vida y de creatividad. Es preciso insistir en encantarse con la apreciación de una montaña, con el sonido de una cascada a la distancia, con las más simples acciones de generosidad y de acogimiento de las personas. Incluso, es preciso tenerlas cerca, aún si esa cercanía es imaginaria y no necesariamente geográfica. En lugar de deshacernos de las personas, como hacemos con las cosas, optemos por conocerlas y vivirlas de otra manera. Que al componer nuestra imagen seamos capaces de imprimir en ella trazos de generosidad, afecto, empatía y ética.

Finalmente, otra preocupación importante: conseguimos por medio de las redes digitales consolidar un volumen informacional mayor que todas las bibliotecas del mundo, pero que nos garantice que tenemos ese fantástico banco de información por tiempo indeterminado. Inspirados en la preocupación de Umberto Eco (2010), nos preguntamos: ¿los llamados dispositivos durables, tales como pen drives, CDs, DVDs, HDs, son igualmente durables? O ¿será que no estamos experimentando una etapa de nuestro camino como especie donde acumular información nos lleve a otro momento evolutivo?

Bibliografía

AGAMBEN. *O que é o contemporâneo?* e outros ensaios. Tradução de Vinícius Nicastro Honesko. Chapecó: Argos, 2009.

BAITELLO JUNIOR, Norval. *O pensamento sentado: sobre glúteos, cadeiras e imagens*. São Leopoldo: Editora UNISINOS, 2012.

BAUMAN, Zygmunt. *Sobre Facebook, intimidade e extimidade*. In: *Isto não é um diário*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar, 2012.

_____. *Identidade*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar, 2005.

CIRULNIK, Boris. *Memória de macaco e palavras de homem*. São Paulo: Instituto Piaget, 1994.

COUTO, Mia. *E se Obama fosse africano e outras interinvenções*. São Paulo: Companhia das Letras, 2011.



ECO, Umberto; CARRIÈRE, Jean-Claude. *Não contem com o fim do livro*. Rio de Janeiro: Record, 2010.

GUNKEL, David J. **The Machine Question**. Cambridge: MIT Press, 2012.

HOLLOWAY, John. **Fissurar o capitalismo**. Tradução: Daniel Cunha. São Paulo: Publisher Brasil, 2013.

LÉVI-STRAUSS, Claude. **O pensamento selvagem**. Tradução: Tânia Pellegrini. Campinas: Papyrus, 2008.

LÉVY, Pierre. **As Tecnologias da Inteligência: o futuro do pensamento na era da informática**. Rio de Janeiro: Editora 34, 1993.

_____. **A revolução digital só está no começo**. Entrevista concedida a Juremir Machado da Silva em 12 de abril de 2015. Caderno de Sábado, Jornal Correio do Povo. Disponível em: <http://www.correiodopovo.com.br/blogs/juremirmachado/?p=7087>. Acesso em: 12 de abril de 2015.

_____. **Cibercultura**. Rio de Janeiro: Editora 34, 1999.

MARX, Karl. **O capital: crítica da economia política**. 5. ed. Tradução: Reginaldo Sant'Anna. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 1980.

MORIN, Edgar. **Os sete saberes necessários à educação do futuro**. Tradução de Catarina Eleonora F. da Silva, Jeanne Sawaya. Brasília: UNESCO, 2000.

_____. **Terra-Pátria**. 6. ed. Porto Alegre: Sulina, 2011.

MORIN, Edgar. VIVERET, Patrick. **Como viver em tempos de crise?** Rio de Janeiro: Bertrand Brasil, 2013.

SARTRE, Jean Paul. **O existencialismo é um humanismo**. Seleção de textos de José Américo

Motta Pessanha. Tradução de Rita Correia Guedes, Luiz Roberto Salinas Forte, Bento Prado Júnior. 3ª Ed. São Paulo: Nova Cultural, 1987.

WAGENSBERG, Jorge. **Pensamentos sobre a incerteza: 531 frases sobre temas essenciais da vida**. São Paulo: Benvirá, 2010.